
De ida y vuelta siete veces

Tununa Mercado

Que el llanto se haga luz
LEÓN FELIPE

Pensaba en estas siete piedras y tenía que hacer un esfuerzo para imaginarlas grandes, pero sabía que eran grandes, que acaso habían tenido que ser llevadas al sitio desde un río de las sierras en enormes vehículos, o arrancadas de la Pampa de Achala, con todo y el silencio en el que se sumen por ser piedras de altura dentro de un nombre con reminiscencias verdes y llanas. Yo sabía entonces que eran grandes, monumentales, pero las quería al alcance de la mano, rompiendo la estática, arrojadas al espacio en una parábola, cuyo punto de llegada es también el principio, por la fuerza del arrojado y la elipsis de ida y vuelta siete veces trazada por siete manos y siete impulsos.

Las sabía monumentales, pero no las quería monumento y me ponía a trabajarlas en sueños. Cerraba los ojos y veía una transparencia muy interior, se diría una luz brotante que se superponía a la propia luz del aire y creaba un efecto de liviandad sobre los cuerpos del entorno, y correlativamente, en las piedras, una energía de impacto, que así podría llamarse la capacidad para lanzarse a un blanco y regresar a esa latencia que ha de ser el deseo de las piedras hasta avizorar el próximo blanco.

Por cierto, las pensé como memoria, pero nunca como lápidas ni como túmulos, nunca eternizadas por una decisión sino eternas por la voluntad de los nombres que llevan, los siete nombres, que son los siete deseos vivos de ellos y de ellas: Ester Felipe, Luis Carlos Mónaco, Eduardo Requena, María Elena Viola, Aldo Apfelbaum, Elda María Francisetti, Eduardo Valverde. Piedras en círculo, parábola del arrojado, asamblea de pares, piedras de memoria pero también piedras que gol-

pean los dientes. En uno de esos sueños, las pensé como piedras de honda y pensé, por supuesto, en *El hondero entusiasta* de León Felipe, familiar tal vez de nuestros Felipe de hoy en este acto, ese viejo de guerra y exilio, libertario, que vino a tirar piedras a Córdoba y que decía: "No escribas otra vez en los mármoles fríos/ de los panteones insolentes/grotescas elegías funerarias".

Nada fúnebre, entonces, piedras que si cada uno de nosotros las recoge, no para reducirlas, sino para palparlas, para recorrer sus rugosidades y sus superficies, sus pequeños acantilados laminados por el agua y los resquicios donde desova la trucha o se esconde la lagartija, si uno siente cada grano y cada filo, si discierne el granito y se regocija con la mica, si se adentra en un ejercicio de reconocimiento y de conciencia, estará con esos deseos y esos nombres, con esas manos que arrojan y esos cuerpos arrojados por valerosos, y acaso, con una generosidad que viene de ellos, grabada en la piedra como un código generador, podrá tomarlas en la palma de la mano y dejarlas correr por el patio, por la vereda, tomarlas de a dos y de a tres y arrojarlas al cielo como piedras de payana. Y, como el hondero entusiasta, el viejo con barbas de espuma, estirar el resorte, enfocar la horqueta y disparar, no dejar de disparar contra la infamia, contra el olvido, contra el general, contra el grupo atareado en la muerte, contra el sepulturero y su lugar-teniente.

Y, con las siete piedras, un programa liminar: que en todas las plazas de este país haya piedras múltiples de estos siete que hoy hemos echado a rodar.